



LA HOJA

PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

- Cuaresmales -

Haz tu inventario

UN día—refiere un obrero—nuestro amo Mr. Lebrun nos contó la historia de su conversión.

Mi padre, decía, era buen cristiano y mi madre una santa. Hasta los veinticinco años seguí sus huellas; mas a esa edad dejé de frecuentar los sacramentos, o como se dice generalmente, dejé de *practicar*.

Yo, a la verdad, no había perdido la fe ni mucho menos, rezaba todavía y oía misa los domingos. Sólo la confesión me daba miedo, y pasé grandes remordimientos el primer año que no cumplí por la Pascua.

Poco a poco me habitué después a ello, y hasta llegué a convencerme a mí mismo de que la Confesión y Comunión no se habían hecho sino para las mujeres. Esto no obstante, me prometía llamar a un sacerdote en cuanto me viera gravemente enfermo; la idea de morir sin sacramentos me aterraba, y la impiedad de los entierros civiles me causaba juntamente repugnancia y horror. Tenía, en fin, un gran espíritu de orden para mis negocios temporales. Y este espíritu es el que me salvó.

Un día de Cuaresma entré, no sé porqué, en una iglesia. Estaban predicando, y el sermón era un sermón sencillo, familiar, pero original y que parecía hecho expresamente para mí.

El predicador, un Padre franciscano, hablaba de esos católicos que conservando la fe, viven alejados de sus prácticas. Y comparaba esta conducta a la de un negociante honrado que dejara de hacer su balance regularmente.

—*Haz tu inventario, desgraciado*—exclamó el buen Padre—*Haz tu inventario: si no, vendrá la ruina, la quiebra, el deshonor.*

Imposible deciros la impresión que me produjeron estas palabras tan sencillas.

Sabéis que San Agustín se convirtió al oír una voz que le decía: *Tolle, lege, toma, lee.* Como él, debo mi conversión a una voz que me gritaba:—*¡Haz tu inventario, desgraciado! ¡Haz tu inventario!*

Luché, sin embargo, bastante tiempo con la gracia, y habría tal vez llegado a olvidar la recomendación del sencillo hijo de San Francisco, si el espíritu de orden, innato en mí, no me hubiera llevado a hacer sobre su tema toda clase de reflexiones y consideraciones.

Por fin, un domingo, después de vísperas, me fuí a ver al predicador, y le dije:

—Vengo, Padre, a que me ayudéis a hacer mi inventario.

—Muy bien—me contestó sonriendo—arrodlílese y comencemos.

Y comenzamos en efecto. Y ¡qué bien conocen esos hombres el corazón humano! Jamás sin el auxilio del buen Padre hubiera conseguido desenredar la madeja de mi conciencia; una conciencia de hombre honrado según el mundo.

Compadezco a los que esperan, para hacer este difícil arqueo, a que llegue la vejez, la enfermedad y hasta las proximidades de la muerte.

—*¡No, no!* exclamaba el humilde religioso—me parece estar oyéndole—*Haz tu inventario, ahora, en esta Cuaresma, ahora, antes que venga la ruina, antes que des en quiebra.*



Diálogo parroquial

—El examen de conciencia, como hemos visto, no tiene otro objeto que recordar o conocer los pecados cometidos. De su necesidad y de sus condiciones os supongo ya bien enterados.

—Sí, señor, y tendremos muy en cuenta sus oportunas reflexiones.

—Bien, bien. Es que hay algunos que omiten el examen o lo hacen muy a la ligera, fiados en aquello de: *Ya me preguntará el confesor*. Y así resulta lo que resulta, que a las preguntas del confesor contestan a ton-tas y a locas, con más errores que verdades. Y esto, claro está, no es serio, no es confesión, es confusión.

Pasemos, por tanto, al otro punto transcendental e importantísimo, hablemos del dolor, de la contrición.

—Ahí está la cosa, eso es difícil, señor cura.

—No, ¿qué va a ser difícil? Dime, si al ir a una tienda o comercio para pagar tus deudas, y al llevar las manos a tus bolsillos, echas de ver que has perdido el dinero por el camino, ¿te será difícil tener un disgusto?

Pues bien, si al ver en tu alma pecados mortales, reparas en que con ellos has ofendido a Dios, perdido el cielo y merecido el infierno, si en tus manos tomas un Crucifijo, y en él lees y consideras que, por lo que a tí toca, con tus pecados has sido la causa determinante y voluntaria del suplicio de un Dios, ¿se te hará difícil sentir pena, dolor, tristeza, disgusto?

Si un capricho tuyo costase la vida a un hombre, al reflexionar sobre ello ¡cuán fácilmente lo llorarás de veras!

Y..... nuestros desórdenes, nuestros caprichos costaron la sangre y la vida al Unigénito de Dios!!!

—No nos diga más por hoy, señor cura. Basta repasar y considerar eso bien. Sordo es quien tales voces no oye, duro quien a tales acentos no se conmueve.

¡El cuarto ayunar!

¿Cómo se cumple?

Una señorita que había recibido esmerada educación en un colegio de religiosas, se vió precisada a asistir a un convite en una casa en que, por desgracia, se cuidaban poco de observar las prescripciones de la Iglesia. Siendo día de abstinencia, al presentarle un guisado de carne, lo rehusó con mucha firmeza. Notándolo uno de los comensales, dijo: «He aquí lo que enseñan las monjas». Mas la señorita repuso con suavidad: «Esto no lo enseñan las monjas, sino nuestra madre la Iglesia a usted y a mí».

Tan acertada respuesta mereció la aprobación de todos los presentes.

Una pregunta: ¿Cómo cumplimos el precepto del ayuno y de la abstinencia? No aduzcamos razones de debilidad ni dolencias, que tal vez no nos valgan delante de Dios para eximirnos de la ley.

¿Dónde está la dicha?

Quejándose un millonario atacado de profunda dispepsia, decía:

«¡Tanto trabajar, tanto ahorrar desde mis primeros años para tener con qué vivir olgadamente después, y verme hoy obligado a rigurosa dieta, ayunando más hoy como millonario que antes como un pobre obrero!»

ADVERTENCIA

Miércoles y sábano: días de ayuno.
Viernes: ayuno y vigilia reservada.

¿No tomaste las Bulas?—Pues no dejes de hacerlo. Fíjate en que, desentendiéndose el Estado de toda subvención eclesiástica, el producto de las limosnas de las Bulas de tu parroquia se destina al sostenimiento del culto de la misma.

—Tía Nemesia ¿se colocó el chico?

—Sí, hijo, en el Ayuntamiento.

—¿En el Ayuntamiento? ¿de qué?

—Aquí está el papel. Dice: «Aspirante a pretendiente de ayudante de escribiente».

El Credo del dolor

Un capitán en la última guerra europea, al verse mutilado y destrozado, volvió los ojos al Cielo, y compuso el «Credo del dolor», que es como sigue:

1.º «Creo» que el dolor es el beneficio más grande que Dios puede otorgar a un alma.

2.º «Creo» que el dolor desapega, purifica y conduce el alma a la más alta perfección. Dios está siempre más cercano de los que sufren por Él.

3.º «Creo» que el dolor es el lazo que une más estrechamente el alma con Jesucristo.

4.º «Creo» que el dolor es la más excelente de todas las obras meritorias de la vida eterna.

5.º «Creo» que el dolor marca al alma la vía más breve y segura para llegar a Dios.

6.º «Creo» que el dolor será eternamente beatificado en la patria celestial.

7.º «Creo» que el dolor es la satisfacción más eficaz del pecado, y el único don que el alma, en cierta manera, puede ofrecer a Dios.

En nuestros dolores, en los dolores del cuerpo y en los más sensibles del corazón, recemos, lectores míos, con fe viva este «Credo», y sentiremos dulcificarse nuestras amarguras y dilatarse nuestro apocado corazón bendiciendo al buen Dios que por nuestro bien nos lo envía.

«Yo no quiero proscribir la enseñanza religiosa, que creo ahora más necesaria que nunca».

«Hay en nuestros tiempos una tendencia perjudicial, acaso la única, a saber: no contar sino con la vida presente».

«Yo quiero sinceramente, digo más, yo quiero ardientemente la enseñanza religiosa de la Iglesia».

Victor Hugo.

Página festiva

El Padre Porra

Vivió hace tiempo en la Corte un viejo fraile exclaustro, conocido y respetado por su venerable porte.

Todo el mundo le llamaba en Madrid el Padre Porra, por la gruesa cachiporra del palo en que se apoyaba;

y era, al decir de las gentes, un varón santo y piadoso y aunque algo brusco, amoroso, para con sus penitentes.

Pues, señor, una mañana que leía en su breviario dentro del confesonario, costumbre en él cotidiana,

vió de repente acercarse, con marcada cortedad, a un hombre de buena edad que quería confesarse.

Y aceptando con amor el fraile tan buena idea, empezaron su tarea penitente y confesor.

—Vayamos, hijo, con plan. ¿Cuánto hace que has confesado —Si no estoy equivocado, veinte años hizo en San Juan.

—¡Veinte años! No sigas... ¡Bast ¡No sigas más! ¡Dios eterno! Te vas de fijo al infierno con todos los de tu casta.

¡Veinte cuaresmas completas! Si quieres que te confiese, necesito, aunque te pese, que me des... veinte pesetas.

A esto, con voz apagada, el penitente decía:

—¡Pero, Padre yo creía... que esto no costaba nada!

Entonces alargó el brazo indignado el Padre Porra y asiendo la cachiporra le pegó un chachiporrazo diciéndole:

—¡Habrás bergantes! Pues... si era cosa probada que no te costaba nada, ¿por que no has venido antes?

Nacarin

SANTAS MISIONES DE OVIEDO

Dirigidas por Padres Dominicos



Del 17 al 24 de marzo de 1935

PROGRAMA

Día 17.—Apertura de las Santas Misiones.

Para hombres solos, en la Iglesia de San Juan.

Para mujeres solas, en la Iglesia de San Isidoro.

Será a las siete de la tarde; se rezará el Rosario y a continuación sermón inaugural.

Para niñas en la Iglesia de la Corte, a las cuatro y media de la tarde.

Días restantes de Misión.

Para hombres solos.—A las ocho de la mañana, y en la Iglesia parroquial de San Tirso, misa con plática por el R. P. Manuel Ceballos.

A las siete de la tarde y en la Iglesia parroquial de San Juan, rezo del rosario, y a continuación plática doctrinal por el R. P. Cándido Miranda, y sermón moral por el R. P. Manuel Ceballos.

Para mujeres solas.—A las seis y media de la mañana, plática doctrinal por el R. P. Manuel R. Ramos. A las siete de la tarde, rezo del Santo Rosario y sermón moral por el R. P. Federico García. Los cultos para mujeres son todos en la Iglesia de San Isidoro.

Para niños.—Todos los días a las cuatro y media, en la Iglesia de Santo Domingo, explicación catequística, por el R. P. Federico García.

Para niñas.—Todos los días a las cuatro y media, en la Iglesia parroquial de la Corte, explicación catequística por el R. P. Vicente Velasco.

Día 24, último de la Misión.—Comunión general para hombres en S. Juan a las nueve; para mujeres en S. Isidoro a las ocho; para niños en Sto. Domingo a las ocho y media y para niñas en la Corte a la misma hora. Por la tarde, clausura de la Misión a las siete en las Iglesias respectivas.

Para niños y niñas a las cinco.